

EL FUTURO DE FE Y CONSTITUCION

No me corresponde a mí responder directamente a la intervención del Secretario General, Dr. Konrad Raiser, ni a la del Moderador del Comité Central, Arzobispo Aram Keshishian. Lo que se me ha pedido es que detecte en las intervenciones y en la marcha de la Conferencia las corrientes que contienen intuiciones de futuro y que les dé su debido lugar en la misión que nos cabe en el marco de Fe y Constitución.

Que los debates de esta Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución señalen el futuro del Movimiento ecuménico, dependerá de nuestras iglesias. ¿Querrán *ellas* «recibir» los resultados? Sin embargo, por más importante que sea esta constatación no debería frenar la creatividad de la Comisión.

Reflexionando juntos sobre la Iglesia de Dios, en un notable espíritu de fraternidad, y viviendo la experiencia de una profunda unidad en el amor y el respeto mutuo que nos impide cualquier actitud de condena recíproca, hemos reforzado la convicción de que es imposible separar su misión del destino de toda la humanidad. Hemos reafirmado que la Iglesia ha sido dada al mundo para que, sin separarse de él, sea en él punto de referencia y fermento de la humanidad-que-Dios-quiere. Cristo la conduce a participar en el surgimiento de una humanidad que pasa, tras Él y *en Él*, de la noche pautada por sus dramas a la aurora de un mundo nuevo. Es éste un logro definitivo. Esta Conferencia lo ha precisado situándolo en la dimensión de la experiencia cristiana, sin aislarlo de todo lo que podemos saber de la voluntad divina.

I. Observamos en primer término que esta Conferencia no ha celebrado la muerte de Fe y Constitución. Por el contrario, ha permitido comprender y situar mejor la urgente tarea que desde Lausana (1927), y para la Iglesia Católica desde el Concilio Vaticano II, las iglesias reconocen como propia del Movimiento de Fe y Constitución y de su Comisión. Ello obedece a varios motivos, de los que, por falta de tiempo, no explicitamos aquí sino el más esencial.

Mientras que la reflexión sobre economía, política, ecología y sexualidad ha pasado a ser un centro de interés urgente y primordial de nuestras sociedades y de las propias iglesias, el discurso sobre la fe retrocede, ahogándose en ocasiones entre tantas precauciones que perjudica la exigencia de verdad que se esconde en lo más profundo del corazón humano. En esta Conferencia varios lo han puesto en evidencia. Ahora bien, en *comunión* con los otros organismos ecuménicos y eclesiales mediante el reconocimiento de su especificidad y la reafirmación enérgica de su necesidad, corresponde hoy más que nunca a Fe y Constitución, atenta a la investigación teológica, centrar su quehacer en esa cuestión de la fe. Así pues, dado que la verdad es portadora de sentido, ayudará a las iglesias en lo que todas han reconocido hasta ahora como el aporte específico del cristianismo a la historia humana, a saber, la esperanza, fundada en el Dios que salva, que vuelve a dar sentido a la existencia. Y, así, estará en la *comunión* del servicio ecuménico, fiel a su tarea, con los otros agentes de unidad.

Centrarse en la fe es una tarea exigente. No se trata de adaptarse a todas la ideologías, de dar curso a los rumores, ni siquiera de decir sí a todo lo que las iglesias hacen y dicen. La tarea de Fe y Constitución es ayudar a las iglesias a hacer oír lo más nítidamente posible, en medio de la cacofonía de las voces, la *vox Christi* y su contenido. Ahora bien, esta voz sólo puede ser audible en la medida en que es pronunciada por discípulos que en su servicio a la humanidad no traicionan a su Maestro y que en su ser mismo son sus testigos. Anuncio, *martyria* y servicio están en ósmosis constante. ¿Cómo, pues, pueden las iglesias pretender transmitir a un mundo, cuyo drama son las divisiones, la *vox* de Quien vino para unir a los hijos de Dios dispersos, reconciliándolos, si por la contradic-

ción de su mensaje y por su división muestran que en su boca esa Palabra no es mucho más que un deseo que se puede tomar a la ligera, o que, divididas como están, es el mensaje de un gran personaje cuyos planes «han salido mal»? La proclamación de la fe y la *comunión de las iglesias* son inseparables en nombre del señorío de Cristo.

II. Esto nos conduce a nuestro segundo punto. La palabra «unidad» no puede transformarse, por manida, en una palabra hueca, ni reducirse a un significado mínimo. Las iglesias que representamos se encuentran, pues, frente a una elección que deben hacer *ante Dios* y en la cual Fe y Constitución tiene la misión de ayudarlas.

Como lo que está en juego es la verdad de Cristo, los cristianos traicionarían su fe si se contentaran fácilmente con *estar juntos*, con una «*kissy-kissy and smiling unity*» basada en compromisos a costa de la verdad. De ninguna manera puede la unidad prescindir de lo que para cada «confesión» cristiana es probablemente la cruz más dolorosa: la relectura valiente de su doctrina a la luz del *katholon* de la fe apostólica. ¿Reconoce cada confesión la totalidad y la autenticidad de la fe apostólica en lo que enseña y en el testimonio de sus miembros? A este respecto, Fe y Constitución tiene, ante Dios, un servicio indispensable que prestar. A lo largo de su historia, Fe y Constitución se ha guiado por esa convicción que es como el consenso fundamental que explica su existencia y orienta su trabajo.

CONSECUENCIAS PARA EL FUTURO

De lo expuesto se desprenden varias exigencias

1. La primera tiene que ver con el lugar de Fe y Constitución en el Consejo Mundial de Iglesias. Es evidente que ninguna de sus comisiones puede trabajar aisladamente. Hemos empleado deliberadamente la palabra «comunión». Quien dice «comunión» no dice «fusión», «absorción» ni «mezcla». En la comunión del servicio ecuménico todos no hacen todo. Cada grupo conserva su especificidad, que, sin aislarse, pone al servicio de la fe común. Ahora bien, esta Conferencia ha reafirmado que ese fin común es la unidad entendida como *koinonía en la fe, la vida y el testimonio*.

2. En esta perspectiva, se plantea la pregunta siguiente: ¿se contentan las iglesias con la unidad ya existente? o por el contrario, a partir de esa base, conservando y profundizando los logros y las realizaciones éticas y sociales, ¿se comprometen a avanzar hacia una comunión en el nivel más profundo, que arraigue su solidaridad y su labor en la fe indivisa, en la confesión común del Dios Uno y Trino, en un ministerio en comunión auténtica, y finalmente en una misma Eucaristía? ¿No es esa la comunión plena querida por Dios, que no está en oposición con el servicio al mundo sino que constituye su centro de irradiación?

Los debates de estos días han revelado que en muchas iglesias se afianza una convicción que en los últimos decenios Fe y Constitución ha contribuido a precisar. En el designio de Dios, la Iglesia debe constituir ya, en perpetua tensión con la tentación, el *peirasmos*, y los pecados de sus miembros, el fruto de lo que el Nuevo Testamento pone en el centro de la obra de Cristo, a saber: la comunión de todos en la gracia de la reconciliación. Una reconciliación verdadera. No una serie de intentos bloqueados a mitad de camino por un obstáculo que no se quiere desplazar, sea en nombre de un confesionalismo acrítico, sea a causa del aislamiento en nuestro propio poder. Una reconciliación fundada en la identidad que confiere la pertenencia común a Cristo en la *koinonía* de la gracia. Una reconciliación que no es posible extender a la dimensión de la humanidad si antes no se la ha recibido y puesto en práctica. En *efecto*, la Iglesia no existe solamente *en* el mundo y *para* el mundo. Es *para* el mundo siendo *en* el mundo la comunidad que Dios quiere, construída sobre lo que *no* viene *del* mundo. En la *symphonía* de todas las comisiones ecuménicas, y en el seno del Consejo mismo, Fe y Constitución se ha dedicado al equilibrio de ese *para*, de ese *en* y de ese *no del*. Debe seguir siendo su memoria y permanecer a su servicio por el bien de toda la humanidad en la creación reconciliada. La relación con Dios, tal como ha sido revelada en la verdad de Cristo, es el fundamento de la *koinonía*. Sobre ella se teje la fraternidad. En ella tiene su raíz el servicio a la humanidad y a la creación. Sólo ella permita transformar en *esperanza* los *deseos* de una humanidad desgarrada, en el seno de una creación por todas partes agredida precisamente porque el deseo humano se encuentra herido por haberse separado de Dios.

3. Se requieren, pues, varias tareas para dar mayor consistencia a ese tejido. La primera me parece urgente. En su homilía, Mons. Torrella insistió firmemente en la unidad real, aunque imperfecta, que existe entre nosotros y que Fe y Constitución ha contribuido a acrecentar. Todos hemos vivido aquí la experiencia de ese grado de koinonía. *Tenemos* que encontrar los medios de poner en práctica lo que se ha logrado, de concretizarlo de manera estable y, me atrevo a decir, de institucionalizarlo y estructurarlo. De lo contrario, se volatilizará. El *in via* de la koinonía visible tiene necesidad, como la peregrinación a Compostela, de Vézelay, de Moissac, de Conques, es decir, de postas ya establecidas, con una arquitectura «canonizada», reconocida por todos los peregrinos y por todos utilizada. De otro modo, las conquistas se volatilizarán, se deshilarán. Es ésta, a nuestro juicio, una tarea urgente. La cuestión de la unidad por etapas (*Unity by stages, communion by steps*) debe incorporarse al programa de trabajo de la Comisión.

Lo dicho atañe, en particular, a los tres grandes logros de esta Conferencia Mundial. En efecto, hay que destacar por lo menos tres:

– la inclusión de la concepción cristológica de la Iglesia en la concepción trinitaria que le sirve de fundamento;

– la relación establecida entre la koinonía de la fe, del bautismo, de la Eucaristía y del ministerio y el servicio a la creación cumplido *ante Dios* en la fidelidad a su designio;

– y la superación práctica de los anatemas recíprocos en el amor fraterno y el servicio mutuo que han caracterizado a nuestra oración y a nuestros debates, convirtiéndose así en la garantía de su éxito.

En torno de estos tres logros fundamentales, y de manera inseparable de ellos, se precisaron otros aspectos importantes de lo que constituye la base del compromiso de la Iglesia, ante Dios y en nombre de su fe, en el meollo de la historia humana. Nos parece que Fe y Constitución deberá profundizar en ellos y releer a esa luz varias de sus declaraciones pasadas. A la cabeza de esos aspectos debemos colocar la sustitución del binomio «Iglesia/mundo» por un nuevo binomio «Iglesia/creación», infinitamente más rico. En efecto, el primero no deja de hacer referencia a la visión joánica de un *mundo* al que el discípulo debe oponerse porque en él, preci-

samente, se esconden los poderes de las tinieblas que invaden las mentes y los corazones para que no puedan «recibir» la luz del Verbo de Dios. En esta perspectiva, Mundo y Espíritu apenas cohabitan. Por el contrario, la creación implica una relación esencial con Dios, del que aquélla canta la gloria, pues Él la ha hecho y la preserva con «sus dos manos», el Verbo y el Espíritu (S. Ireneo). Varios de los callejones sin salida en los que hasta ahora se ha visto atrapada la reflexión Iglesia-mundo —incluso en el documento de Fe y Constitución titulado *Church and World, the Unity of the Church and the Renewal of the Human Community* (1990)¹— se habrían evitado en una concepción Iglesia-creación. Las investigaciones emprendidas en otras esferas del Movimiento ecuménico sobre la «salv guarda de la creación» han contribuido a este ensanchamiento de perspectivas. Pero esas mismas investigaciones no pueden sino quedarse a mitad de camino a menos que se inserten en lo que, particularmente por su liturgia, la Iglesia lleva en su *memoria*: el señorío cósmico de Cristo, y, en él, la asociación del «universo visible e invisible» con la glorificación del Dios vivo, del cual el libro del Apocalipsis revela el vínculo profundo con la historia. Entonces, la ética del servicio se transforma en leitourgía, la *orthopraxis* se funde en la *doxología*. La resistencia de las iglesias a la degradación del universo es una forma de su koinonía con el «quehacer divino» y no sólo una generosidad ética. Es consecuencia de la presencia en las iglesias, por la gracia, del dinamismo de las «dos manos» del Creador. Aquí, una vez más, el «recentramiento trinitario» que evocábamos hace un instante permite superar las polarizaciones peligrosas. Fe y Constitución, en comunión con todas las comisiones y empresas ecuménicas, debe hacer comprender y recordar que el compromiso con el servicio a la creación no puede engolfarse en un activismo ciego. Cueste lo que cueste, hay que conferirle la dimensión «carismática» (en el verdadero sentido del término) que exige su relación con el Dios Uno y Trino. La acción no tiene precio ante Dios a menos que se oriente hacia la *doxa*.

¹ Documento de Fe y Orden, n. 151 (Ginebra 1990).

UNIDAD Y VARIEDAD

En una esfera completamente diferente, esta Conferencia ha hecho una nueva lectura del espinoso problema de la diversidad. Nos parece que, sin poner de ninguna manera en tela de juicio la necesidad de la inculturación o de la contextualización que constituyen el gozne entre la Creación y la catolicidad, hemos percibido mejor la necesidad absoluta de conservar diversidades y diferencias bajo el imperio de la unidad. Esta no es una amalgama de diferencias, ni su suma ni su fusión. Por el contrario, es aquéllo cuya riqueza se expresa y se revela en ellas. Por tanto, confrontados con un mundo donde la desintegración y el fraccionamiento parecen ser obra de potencias diabólicas, que a menudo se ocultan bajo rasgos de nacionalismos o tribalismos que a su vez se transforman en máscaras de odio y de guerra, hemos hecho hincapié en los límites dentro de los cuales la diversidad es una riqueza y fuera de los cuales no sólo es intolerable sino también destructora. Lo que se aplica a la humanidad como tal se aplica también, evidentemente, a la Iglesia. Desde luego, en la *koinonía* hay lugar para la alteridad. El Espíritu la convierte en materia de una reconciliación caracterizada por el respeto mutuo y la complementariedad. Sin embargo, no toda alteridad es integrable. Se necesita una conversión. En su estudio sobre la eclesiología, la Comisión deberá abordar este asunto delicado y difícil. ¿No ha ocurrido a veces que la responsabilidad y la eficacia ecuménica han resultado algo desvirtuadas o veladas en los hechos a causa de decisiones que fueron tomadas, y que algunos acogieron, tal vez a su pesar, por el simple deseo de «no excluir»?

La vocación indeclinable de Fe y Constitución es la llamada a la unidad visible más que la invitación generosa a consentir cualquier diversidad y cualquier diferencia. Sitúa la diversidad *con* la unidad y la ve *en términos de* unidad. Ese es su aporte en la amplia comunión de los artesanos del ecumenismo. En un momento en que nos encontramos en el umbral de un nuevo modo de existir de la humanidad, ese servicio a la unificación (y no sólo a la unidad) de los cristianos, en el que se rechazan los compromisos hábiles y se reconocen las alteridades no reconciliables, puede ayudar a las iglesias a desempeñar su papel de testigos del Dios y Padre de Cristo. Porque ese Dios salva a la humanidad uniéndola, arrancán-

dola así de las fuerzas del sectarismo, de la reivindicación sorda, del aislamiento en el *ego* que, a vista nuestra, la conducen a la muerte. La diferencia no puede convertirse en riqueza de la koinonía si no pasa por el crisol de una conversión en la fe, el *agapé*, la esperanza. De lo contrario, corre el riesgo de transformarse, a la primera ocasión, en enemistad. Este vínculo entre koinonía y conversión es un elemento nuevo en esta Conferencia.

Nos parece que esta Conferencia de Santiago ha profundizado y aclarado los enormes progresos realizados en estas esferas. Ahora es posible construir sobre ellos, concretizarlos, haciéndolos reconocer y recibir por las iglesias.

Esta concretización de los resultados conseguidos exige, evidentemente, un esfuerzo para traducir en la lengua, el *ethos* y la cultura de las iglesias locales, el fruto de las investigaciones a menudo técnicas de Fe y Constitución. Pero aquí volvemos a encontrar el tema de la comunión. Fe y Constitución es, por su origen, un movimiento. Ello significa que su labor no se reduce a los textos publicados por la Comisión o al trabajo de la Secretaría cuya sede está en Ginebra. Corresponde a las comisiones nacionales, regionales y locales hacer esa traducción, pero jamás de manera aislada. Una de las tareas de la oficina de Ginebra y de la Comisión permanente ¿no es acaso alumbrar y coordinar ese trabajo para que todas las comisiones nacionales puedan reconocer mutuamente, en sus propias traducciones, la misma y única verdad en su *katholon*?

4. La segunda tarea encaminada a ceñir la trama de la reconciliación y la fraternidad es la que evocó en una hermosísima fórmula el Metropolitano de Monte Líbano, Monseñor Georges Khodr, en su intervención el segundo día de la Conferencia. En la perspectiva del primer artículo del símbolo de Nicea-Constantinopla y no desde un punto de vista sincretista, es necesario reflexionar sobre el «errar de Cristo a través de las grandes religiones». Mientras que nuestro mundo se divide en grupos rivales que se desgarran y se matan entre sí, la creencia en el Dios único ¿no es uno de los polos esenciales de la esperanza? Será necesario reflexionar concienzudamente, teológicamente, sobre las relaciones entre la koinonía de los discípulos de Cristo y la solidaridad ante Dios de todos los que centran su existencia en su relación con el Dios creador. Está claro que también en esta esfera Fe y Constitución

tendrá que trabajar en simbiosis con otros grupos, sin dejar de recordar a todos la perspectiva eclesiológica según la cual la fe en el señorío de Cristo es el principio rector de toda empresa que va más allá de los estrictos límites de la *koinonía* cristiana. El llamado de Dios a una unidad «cósmica» debe figurar, pues, explícitamente en el programa de toda investigación sobre la unidad que Dios quiere, objeto específico del mandato de Fe y Constitución. El hoy de la historia así lo exige. Cuanto más se divide la humanidad, tanto más la fidelidad de las iglesias a la exigencia cristiana de la reconciliación se convierte en la forma necesaria de la caridad.

Inspirándonos en lo que fue el gesto profético de Asís en 1986, cuando se reunieron los dirigentes de todas las religiones y los representantes de todas las iglesias cristianas, ¿por qué no pensar en una reunión de todos los más altos dirigentes de las iglesias —quizá en Jerusalén— simplemente para cantar juntos el Credo? Sería una maravillosa expresión del grado de unidad ya presente y de su fuente; el *reconocimiento* y la *recepción* concreta de lo que fue la médula de esta Conferencia en la que jamás se olvidó el designio del Dios Uno y Trino.

JEAN MARIE TILLARD OP

Profesor de Teología dogmática en Ottawa (Canadá) y Friburgo (Suiza).

Vicemoderador de la Comisión de Fe y Constitución.